

II. CONVERSIÓN

Hch 9,3-9.17-20.23-27.

Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, fue a ver al sumo sacerdote, y le pidió credenciales para las sinagogas de Damasco... En el viaje, al acercarse a Damasco, de repente una luz celeste lo envolvió de claridad; cayó a tierra y oyó una voz que le decía:

—Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?

Preguntó él:

—¿Quién eres, Señor?

Respondió este:

—Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Anda, levántate, entra en la ciudad y allí te dirán lo que tienes que hacer.

Sus compañeros de viaje se habían detenido mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. De la mano lo llevaron hasta Damasco. Estuvo tres días sin vista y sin comer ni beber [...].

Partió Ananías y entró en aquella casa, le aplicó as manos y le dijo:

—Hermano Saúl, el Señor me ha enviado, Jesús, el que se apareció cuando venías de camino, para que recobres la vista y te llenes de Espíritu Santo [...]. Se levantó y lo bautizaron [...].

Pasó unos días con los discípulos de Damasco, y muy pronto se puso a anunciar en las sinagogas sobre Jesús, anunciando que este es el hijo de Dios [...]. Pasados bastantes días, los judíos se concertaron para darle muerte, pero Saulo tuvo noticia de su conjura. Como día y noche vigilaban las puertas de la ciudad para matarlo, sus discípulos lo cogieron de noche y lo descolgaron muro abajo en un cesto.

Llegado a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, porque no se fiaban de que fuera discípulo. Entonces Bernabé lo acogió, lo presentó a los apóstoles y les contó cómo había visto al Señor en el camino [...].

Ga 1,15-23

Mas, cuando aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su benevolencia se dignó revelame a su Hijo para que yo lo anunciara a los paganos, no consulté con nadie de carne y hueso ni tampoco subí a Jerusalén para ver a los apóstoles anteriores a mí, sino que inmediatamente salí para Arabia, de donde volví otra vez a Damasco. Después, tres años más tarde, subí a Jerusalén para conocer a Cefas y me quedé quince días con él. No vi a ningún otro apóstol, y sí a Santiago, el hermano del Señor. Y en esto que les escribo Dios me es testigo de que no miento. Fui después a Siria y Cilicia. Pero las comunidades de Judea que están en el Ungido no me conocían personalmente. Solamente oían decir que “el que antes nos perseguía ahora anuncia la buena nueva de la fe que antes quería destruir.”

2 Co 11,32s

En Damasco el etnarca del rey Aretas tenía puesta guardia en la ciudad de los damascenos con el fin de prenderme. Por una ventana y en una espuerta fui descolgado muro abajo. Así escapé de sus manos.